Pues en tu beldad convino,
Para formar un portento,
Fuese humano el instrumento,
Pero el impulso divino.

Tan espíritu te admiro,
Que cuando deidad te creo,
Hallo el alma que no veo,
Y dudo el cuerpo que miro.
Todo el discurso retiro,
Admirada en tu beldad;
Que muestra con realidad,
Dejando el sentido en calma,
Que puede copiarse el alma:
Que es visible la deidad.

Mirando perfección tal,
Cual la que en tí llego á ver,
Apenas puedo creer
Que puedes tener igual.
Y á no haber original,
De cuya perfección rara
La que hay en tí se copiara,
Perdida por tu afición,
Segundo Pigmaleón
La animación te impetrara.

Toco, por ver si escondido
Lo viviente en tí parece;
¿Posible es que de él carece,
Quien roba todo el sentido?
¿Posible es que no ha sentido
Esta mano que le toca,
Y á que atiendas te provoca
A mis rendidos despojos?
¿Que no hay luz en esos ojos?
¿Que no hay voz en esa boca?

Bien puedo formar querella
Cuando me dejas en calma,
De que me robas el alma
Y no te animas con ella.
Y cuando altivo atropella
Tu rigor mi rendimiento,
Apurado el sufrimiento,
Tanto tu piedad se aleja,
Que se me pierde la queja
Y se me logra el tormento.

Tal vez pienso que piadoso
Respondes á mi afición;
Y otras teme el corazón
Que te esquivas desdeñoso.
Ya alienta el pecho dichoso;
Ya infeliz al rigor muere;
Pero, como quiera, adquiere
La dicha de poseer;
Porque al fin, en mi poder
Serás lo que yo quisiere.

Y aunque ostentes el rigor
De tu original fiel,
A mí me ha dado el pincel
Lo que no puede el amor.
Dichosa vivo al favor
Que me ofrece un bronce frío;
Pues aunque muestras desvío,
Podrás, cuando más terrible,
Decir que eres imposible;
Pero no que no eres mío.

SOBRE LA VANA CIENCIA.

Finjamos que soy feliz,
Triste pensamiento, un rato;
Quizá podréis persuadirme,
Aunque yo sé lo contrario.

Que pues sólo en la aprehensión
Dicen que estriban los daños;
Si os imagináis dichoso,
No seréis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento
Alguna vez de descanso;
Y no siempre esté el ingenio
Con el provecho encontrado.

Todo el mundo es opiniones
De pareceres tan varios,
Que lo que el uno que es negro,
El otro prueba que es blanco.

A unos sirve de atractivo
Lo que otro concibe enfado;
Y lo que éste por alivio,
Aquél tiene por trabajo.

El que está triste, censura
Al alegre, de liviano;
Y el que está alegre, se burla
De ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos
Bien esta verdad probaron;
Pues lo que en el uno risa,
Causaba en el otro llanto.

Célebre su oposición
Ha sido por siglos tantos,
Sin que cuál acertó, esté
Hasta ahora averiguado.

Antes en sus dos banderas
El mundo todo alistado,
Conforme el humor le dicta,
Sigue cada cual el bando.

Uno dice que de risa
Sólo es digno el mundo vario;
Y otro, que sus infortunios
Son sólo para llorados.

Para todo se halla prueba
Y razón en que fundarlo;
Y no hay razón para nada,
De haber razón para tanto.

Todos son iguales jueces;
Y siendo iguales y varios,
No hay quien pueda decidir
Cuál es lo más acertado.

Pues si no hay quien lo sentencie,
¿Por qué pensáis, vos, errado,
Que os cometió Dios á vos
La decisión de los casos?

¿O por qué, contra vos mismo,
Severamente inhumano,
Entre lo amargo y lo dulce
Queréis elegir lo amargo?

Si es mío mi entendimiento,
¿Por qué siempre he de encontrarlo
Tan torpe para el alivio,
Tan agudo para el daño?

El discurso es un acero
Que sirve por ambos cabos;
De dar muerte por la punta,
Por el pomo, de resguardo.

Si vos, sabiendo el peligro,
Queréis por la punta usarlo,
¿Qué culpa tiene el acero,
Del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer
Discursos sutiles, vanos;
Que el saber consiste sólo
En elegir lo más sano.

Especular las desdichas,
Y examinar los presagios,
Sólo sirve de que el mal
Crezca con anticiparlo.

En los trabajos futuros
La atención sutilizando,
Más formidable que el riesgo,
Suele fingir el amago.

¡Qué feliz es la ignorancia
Del que, indoctamente sabio,
Halla de lo que padece,
En lo que ignora, sagrado!

No siempre suben seguros
Vuelos del ingenio osados,
Que buscan trono en el fuego,
Y hallan sepulcro en el llanto.

También es vicio el saber;
Que si no se va atajando,
Cuando menos se conoce
Es más nocivo el estrago.

Y si el vuelo no lo abaten;
En sutilezas cebado,
Por cuidar de lo curioso
Olvida lo necesario.

Si culta mano no impide
Crecer al árbol copado,
Quitan la substancia al fruto
La locura de los ramos.

Si andar á nave ligera
No estorba lastre pesado,
Sirve el vuelo de que sea
El precipicio más alto.

En amenidad inútil,
¿Qué importa el florido campo,
Si no halla fruto el Otoño,
Que ostente flores el Mayo?

¿De qué le sirve al ingenio
El producir muchos partos,
Si á la multitud se sigue
El malogro de abortarlos?

Y á esta desdicha, por fuerza
Ha de seguirse el fracaso
De quedar el que produce,
Si no muerto, lastimado.

El ingenio es como el fuego,
Que con la materia ingrato,
Tanto la consume más,
Cuanto él se ostenta más claro.

Es de su propio señor
Tan rebelado vasallo,
Que convierte en sus ofensas
Las armas de su resguardo.